A la crisis económica se ha unido la que estalló desde el 71-73 en la esfera de las relaciones monetarias. Esto se explica porque aunque la crisis monetaria actual tiene por antecedente la imposición norteamericana de la hegemonía del dólar y por factor agravante la actual coyuntura económica capitalista, en realidad refleja esencialmente contradicciones que se desenvuelven en los planos más profundos de ese régimen, particularmente las rivalidades intermonopolistas e interimperialistas que hoy enfrentan —a veces de manera espectacular— a Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea y Japón en la lucha por los mercados de exportación de capital, de mercancías y de materias primas.

La crisis monetaria, por otro lado, ha venido a agravar como una carga más las economías de los países subdesarrollados, a los cuales la inestabilidad monetaria afecta usualmente de manera negativa, agudizando sus desequilibrios estructurales, encareciendo sus importaciones, abaratando sus exportaciones y mermando muchas veces el valor de sus reservas, cuando las tienen. Tampoco debe olvidarse que el derrumbe del sistema monetario capitalista no arrojó como saldo positivo ni siquiera la desaparición del Fondo Monetario Internacional (FMI), que ha sobrevivido a la crisis del acuerdo que le dio vida, entre otros motivos porque ha sido sostenido por Estados Unidos y las otras potencias imperialistas para utilizarlo como verdadero gendarme monetario financiero del mundo subdesarrollado. El FMI, aprovechando la difícil situación de los países subdesarrollados importadores de petróleo —actualmente agobiados por crecientes déficit en sus balanzas de pago y por una abrumadora deuda externa—, impone a éstos, entre otras, cláusulas abusivas de condicionalidad, orientadas a promover las políticas internas más reaccionarias y antipopulares y a convertirlos en más fáciles víctimas de la dependencia y la explotación imperialista.

Otro hecho que debiera merecer la debida reflexión —como rasgo característico de la actual coyuntura económica mundial— se refiere a la grave crisis financiera que atraviesan los países subdesarrollados importadores de petróleo. Se trata de una crisis sin precedentes, como lo demuestra el hecho de que el déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos de esos países, de unos 12 mil millones de dólares en 1973, promedió más de 42 mil millones entre 1974 y 1978; llegó a 53 mil millones en 1979; y se calcula que ascendió a 70 mil millones en 1980. Como resultado, la deuda externa de esos países pasó, de 118 mil millones de dólares en 1973, a 343 mil millones en 1978; estimándose que rebasará largamente los 400 mil millones de 1980. Esta crisis plantea una situación que no procede de factores contingentes, sino que deriva de condiciones estructurales vinculadas a la naturaleza misma del subdesarrollo y la dependencia. Podemos apreciar que, sobre la base de los mecanismos financieros actuales, constituye un problema que no tiene solución.

¿Cómo se financian estos déficit y estas deudas gigantescas?

En lo fundamental, se financian con recursos procedentes de la llamada asistencia oficial para el desarrollo, un magro 0,3% del Producto Doméstico Bruto de las potencias capitalistas; con flujos de inversión privada extranjera; con préstamos oficiales y —para una docena de países— con préstamos comerciales de la banca internacional. En otras palabras, esos déficit enormes se enjugan viviéndose pendiente del monto —siempre impronosticable y usualmente mezquino— de las contribuciones de un puñado de potencias capitalistas; aceptando las condiciones generalmente rapaces de los grandes consorcios bancario-financieros; empeñando los recursos naturales y el trabajo de los pueblos; hipotecando las exportaciones presentes y futuras; disminuyendo importaciones esenciales para el desarrollo y para la propia supervivencia de las grandes mayorías; se enjugan, en fin, con más dependencia, más endeudamiento, más explotación y más subdesarrollo. Esta es la situación, expuesta descarnadamente.

Cabe preguntarse, entonces, ¿cuáles son las perspectivas que ofrece el imperialismo al mundo subdesarrollado?

En tal sentido, resulta significativo que el Banco Mundial —ese órgano de Estados Unidos y las potencias imperialistas cuyas actitudes demagógicas resultan bien conocidas— plantee que para 1990, dentro de diez años, el déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos de los países subdesarrollados habrá llegado a casi 128 mil millones de dólares al año, e incluso hace una estimación acerca de cómo se financiaría tan monstruosa cifra: 66 mil 800 millones con los llamados fondos oficiales para el desarrollo, 16 mil 400 millones a través de la inversión privada extranjera; y 44 mil 700 millones por medio de préstamos bancarios comerciales. Como se observa, el Banco Mundial no intenta una solución del problema, sino que se limita a proyectarlo de manera magnificada hacia el futuro. Esta posición, sin embargo, tiene un profundo sentido estratégico, que consiste en que el imperialismo espera hacerles frente a las cada vez más graves dificultades financieras del mundo subdesarrollado convirtiendo esas dificultades en un jugoso negocio, esto es, perpetuando la dependencia de ese mundo subdesarrollado por medio de un mezquino volumen de asistencia para el desarrollo, y sobre todo explotando la situación de tal manera que le rinda máximos beneficios a través de las utilidades de la inversión privada extranjera y de los pagos de intereses correspondientes a los préstamos bancarios. Persistirían, pues, conforme a esa estrategia imperialista, el atraso y el subdesarrollo, el hambre y la pobreza, el intercambio desigual, y aumentarían los déficit y la deuda. El mundo subdesarrollado continuaría igual, sólo que más subdesarrollado. El imperialismo continuaría igual, sólo que más enriquecido. Y la humanidad continuaría igual, sólo que con mil millones de personas más de las que ahora están viviendo en la más absoluta pobreza.

Como Cuba expresó en la XVI Conferencia Regional de la FAO para América Latina:

"Cada cinco días más de un millón de nuevas personas se incorporan a la población mundial. De este incremento el 90% tiene lugar precisamente en los países subdesarrollados que son los más deficitarios, técnicamente atrasados y con menos disponibilidad de insumos materiales en la producción de alimentos. Esta población mundial, que actualmente se eleva a 4 mil 300 millones de personas, ascenderán en los próximos 20 años a 5 mil 400 millones aproximadamente. De este total el 80%, es decir, más de 5 mil millones, corresponderá a los países que actualmente integran el llamado Tercer Mundo.

"Se calcula que en cada año mueren en los países subdesarrollados alrededor de 25 millones de niños menores de cinco años, la inmensa mayoría por enfermedades curables y por hambre.

"Los bosques se reducen a un ritmo de casi 20 millones de hectáreas por año.

"Los desiertos y las áreas áridas a causa de la erosión, la pérdida de materia orgánica, la salinización y otros factores, avanzan a un ritmo de millones de hectáreas cada año, que equivalen a una superficie igual a todo el suelo agrícola de Cuba.

"El per cápita por habitante de suelo agrícola del mundo, que era hace diez años de casi 0,5 hectáreas, en los próximos 20 años se habrá reducido a 0,25".

A iniciativa del Movimiento de Países No Alineados, fue aprobado el programa por un Nuevo Orden Económico Internacional, como Declaración, por la Asamblea General de la ONU en 1974.

Sin embargo, al cabo de más de seis años de negociaciones, apenas se ha avanzado en las metas reivindicativas en él contenidas. Las potencias capitalistas —por medio de sus representantes en diversos órganos de la ONU— se han negado sistemáticamente a acceder a una sola de las justas demandas de los países subdesarrollados, y ultimamente ni siquiera han querido ponerse de acuerdo con éstos sobre los puntos centrales y las formas de discutir los problemas en una nueva ronda global de negociaciones, propuesta por el Movimiento de Países No Alineados y los países subdesarrollados en general.

La lucha por un Nuevo Orden Económico Internacional, sin embargo, ha tenido el mérito de reunir en un solo frente a los países subdesarrollados, un fenómeno que —considerando su tremenda heterogeneidad económica, política y social— sólo resulta explicable sobre la base de una contradicción generalizada entre ellos y el imperialismo; contradicción que incluye a gobiernos de países que son aliados del imperialismo en la periferia del mundo subdesarrollado y dependiente, pero que actualmente ya no están dispuestos a soportar sin determinados cambios el régimen de inequidad y explotación a que los someten los monopolios de las potencias capitalistas.

Ante la estrategia de los círculos más reaccionarios del imperialismo, se impone la acción unida del mundo subdesarrollado, de los países socialistas, de las fuerzas progresistas de todo el planeta e incluso de los sectores más lúcidos de las potencias capitalistas desarrolladas, con el fin de hacerle frente a la grave crisis que hoy abate a la humanidad.

En el 34 período de sesiones de la Asamblea General de la ONU, en octubre de 1979, planteamos en nombre del Movimiento de Países No Alineados la necesidad impostergable de crear un fondo adicional, de no menos de 300 mil millones de dólares a los valores reales de 1977, para ser distribuido en forma de donaciones y créditos blandos a largo plazo entre los países subdesarrollados, en cantidades anuales durante los próximos diez años. A pesar de que ha transcurrido más de un año desde que fue lanzada esa iniciativa —y no obstante el apoyo obtenido en diversos foros de la propia ONU—, todavía no se ha logrado una decisión que permita poner en marcha el mecanismo internacional promotor de tal flujo de recursos. Al mismo tiempo, durante este período la situación en el mundo subdesarrollado, y también en el desarrollado, ha continuado deteriorándose, y cada vez son más numerosas las voces que se unen para demandar una transferencia financiera masiva de recursos hacia los países subdesarrollados, no sólo como aporte a la solución de algunos de sus problemas acuciantes, sino también como medida que pudiera estimular una demanda efectiva, capaz de influir positivamente sobre la situación de estancamiento en que se encuentran las propias economías capitalistas desarrolladas.

En el mundo actual tiene que abrirse un período de cooperación internacional en gran escala si realmente queremos elevar el nivel de vida de los pueblos, sacar a la mayor parte de la humanidad del subdesarrollo, y salvaguardar la paz internacional.

La carrera armamentista tiene que detenerse. Las actuales existencias de armas nucleares bastan ya para destruir el mundo muchas veces, como se reconocía hace poco más de dos años en un informe de la ONU, en el cual se señalaba además que la existencia de ojivas nucleares, almacenadas en los arsenales, sin contar con las llamadas armas nucleares tácticas, representan una potencia explosiva, que conservadoramente estimada, resulta equivalente a un millón 300 mil veces la bomba que se lanzó en Hiroshima.

Las cifras de los gastos en armamentos son ahora tan pavorosas como alucinantes. Estos gastos desenfrenados han causado en la